
ROCÍO DE JUAN



LA POSADA DE LOS VIENTOS Y OTROS RELATOS INQUIETANTES



· EDICIONES PANGEA ·

**LA POSADA DE LOS VIENTOS
Y OTROS RELATOS INQUIETANTES**

ROCÍO DE JUAN

**LA POSADA DE LOS VIENTOS
Y OTROS RELATOS INQUIETANTES**

·EDICIONES·PANGEA·

Primera edición: noviembre de 2018

Del texto: © Rocío de Juan Romero

De esta edición: © Ediciones Pangea, 2018
41720 Los Palacios y Villafranca, Sevilla
www.edicionespangea.com

Edición y corrección:
Juan Manuel Castillo Martín

Diseño de la colección y maquetación:
José Peña Fierro

Diseño de la cubierta:
Felipe Muñoz Peña

ISBN: 978-84-949228-2-4

Depósito Legal: SE 2128-2018

Impresión: Podiprint
Impreso en España / *Printed in Spain*

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del *copyright*. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

A mi familia, que siempre está ahí.

Todos los naufragios

Un mes antes de que Laura muriese ahogada, vino a vivir con nosotras Eva Kreuzwein. La había invitado Laura sin consultarme antes, aunque la casa nos pertenecía a ambas y yo era la gemela mayor. En los últimos tiempos la obsesión de mi hermana por rehuirme y vivir cada jornada como si yo no existiese se había vuelto enfermiza.

Lo cierto es que me alegré de la llegada de alguien del exterior; empezaba a acusar la monotonía ahora que había transcurrido una década desde la muerte de nuestros padres en un accidente. En el testamento descubrimos que éramos dueñas de una casa indiana al borde de un acantilado, en la costa asturiana, y que ellos habían previsto que disfrutásemos de una renta que nos permitiría vivir —sobriamente— por lo menos medio siglo. Así que eso fue lo que hicimos: nos encerramos en el palacio indiano

y el mundo nunca supo más de nosotras. Hasta que vino Eva Kreuzwein.

Espí el momento de su llegada desde la ventana de mi habitación, que daba al porche delantero. Era una mujer alta, aunque los tacones la elevaban otros diez centímetros más, y no aparentaba muchos más años que Laura y yo, que teníamos veintiocho. Lo más fascinante era su cabello platino, que llevaba peinado como las actrices de los años cincuenta, en una media melena ondulada que enmarcaba su rostro como si posara para una fotografía. El cutis era tan pálido como el de las escandinavas y los ojos, aunque era difícil apreciarlos desde mi altura, parecían muy claros.

A pesar de lo anterior y de su figura elegante enfundada en un traje de falda y chaqueta, no se le podría llamar exactamente una beldad. Era huesuda de pómulos, lo que confería severidad a su expresión, y los ojos eran demasiado redondos y saltones. Sin embargo, simpatiqué con ella desde el primer momento y aún luego, cuando terminé por saber el motivo por el que había sido invitada a nuestra casa.

—No quiero que bajes a saludarla. —La voz de Laura me previno desde el dintel de la puerta. Sabía que mi gemela llevaba tiempo observándome.

—¿De dónde es? —pregunté, mirándole a los ojos, pero evitando una respuesta directa. Hacía tiempo que había resuelto no enzarzarme con Laura por sus frases hirientes.

Ella me observó como si mi curiosidad fuese una promesa tácita de no buscar problemas. Terminó por encogerse de hombros.

—Alemana. De Leipzig. Pero habla castellano perfectamente porque su madre era española.

—¿Y cómo la has conocido?

—Por Internet. —Laura sonrió.

Probablemente, esperaba la siguiente pregunta: «¿Y por qué la has invitado?», pero me guardé mucho de hacerla. En vez de eso, retomé la conversación inicial.

—No pretenderás que me esconda de ella durante todo el tiempo que esté aquí, ¿verdad? ¿Sabes cuánto va a ser?

Mi gemela encogió los hombros de nuevo.

—No lo sé. Depende de ella, supongo. Una semana. Un mes. No creo que mucho más.

Me miró con fijeza y añadió:

—Y sí, Leticia, quiero que seas invisible para ella, ¿me oyes? Necesito que esté concentrada para lo que debe hacer.

Me giré dándole la espalda de nuevo, sin contestar. Y ella cerró cuidadosamente la puerta de mi habitación dejándome sola.

Sin embargo, Laura le habló a Eva Kreuzwein de mi existencia. Seguí toda la conversación en la cena de esa noche desde el otro lado del falso espejo del comedor. Mi hermana me había dicho que no interfiriese, pero no me había prohibido escuchar. Y eso era algo que había hecho siempre, sobre todo desde que vinimos a la casa indiana, llena de mirillas y espejos «espías». A su anterior dueño debía de gustarle también la observación del género humano.

—Así que su padre trabajó con Mr. Everett —decía Laura en aquel momento. Estaba inclinada sobre su plato, con los ojos brillantes y las mejillas ruborizadas. Su copa de vino, sin embargo, estaba intacta.

Su interlocutora parecía mucho más serena que mi hermana. La mesa era de seis comensales y estaban sentadas en los extremos, lo que me permitía contemplarlas a ambas. No dejé de notar que la vajilla y la cristalería era la reservada para las ocasiones especiales.

—Así es, señorita Castro.

Eva Kreuzwein tenía un deje chirriante en la voz, como si no estuviese acostumbrada a hablar y cada palabra le supusiese un esfuerzo adicional.

—Por favor, llámeme Laura. ¿Puedo llamarla Eva?

—Faltaría más.

La sonrisa de la alemana también era contenida, pero parecía un gesto sincero. Yo estaba convencida de que mi hermana pronto conseguiría hacerla reír. No había nada que mi gemela no pudiese lograr, una vez que se lo proponía.

—Como le expliqué por correo electrónico, Eva, estoy preocupada por Leticia.

—Su hermana —asintió ella.

—Mi gemela, para ser aún más concretos. Es importante recalcarlo, porque nuestra relación es... especial.

Noté que estaba conteniendo la respiración. Aquella confesión de Laura me parecía casi cariñosa, en comparación con su trato desde hacía meses.

—Es especial porque... —seguía hablando mi hermana— compartimos sensaciones y emociones, y eso ha venido sucediendo siempre, desde que dejamos el útero materno. Sé que hay mucha literatura al respecto y no quiero explayarme más sobre el asunto, pero hay algo que debe saber: en los momentos actuales esa conexión me está matando. ¿Entiende?

Eva Kreuzwein alzó una de sus rubias y perfiladas cejas, mientras yo ahogaba un grito indignado.

—No —dijo—. No lo entiendo. ¿Qué ha sucedido entre ustedes?

En ese momento, mi hermana volvió los ojos en mi dirección. No podía verme, por supuesto, solo dirigía la vista hacia el espejo sobre el aparador, pero comprendí que ella sabía que yo estaba allí y que había seguido toda la conversación.

—Odio a mi hermana —dijo Laura finalmente, volviendo el rostro hacia la alemana—, pero le explicaré mis razones más adelante. Quizá mañana, cuando bajemos al acantilado. Es un bonito paseo y le gustará la pequeña playa que está en nuestra propiedad.

Me aparté del cristal y volví a mi habitación temblando con violencia, no sabía si por furia o por el terror que me había provocado la sola mención de la playa. Laura sabía muy bien que mis recientes pesadillas sobre el mar me impedirían seguirlas a escondidas. Así que me encerré en mi habitación y, ovillada sobre la cama, deseé no volver a tener aquel sueño en el que yo moría ahogada y Laura no podía hacer nada por impedirlo.

Cuando al día siguiente regresaron de su excursión al acantilado, mi hermana parecía triste. El semblante de la alemana era una máscara de seriedad, inmune a las frecuentes miradas que

le dirigía Laura. Al acercarse al porche delantero perdí su visión, pero pude oírlas desde la ventana de mi cuarto.

—¿Dónde está ella? —preguntó Eva Kreuzwein. Probablemente, se habían detenido frente a la puerta.

—Ahora mismo en su habitación. Seguro que nos está escuchando.

—Querría...

La voz chirriante de la alemana no terminó de formular su deseo.

—Mejor que no, créame —intervino mi gemela—. Quizá más adelante, cuando hayamos avanzado en nuestra tarea.

Hubo una pausa seguida de la voz de Eva.

—Usted cree entonces en el trabajo de mi padre. Verdaderamente lo cree.

Se dejó oír un suspiro de Laura.

—No sé si es fe en el hallazgo de Herr Doktor Kreuzwein o absoluta desesperación. Pero tengo que intentarlo.

Sus voces enmudecieron al entrar en la casa. Desde aquel instante, la estancia que pomposamente llamábamos biblioteca porque tenía un anaquel con una veintena de ejemplares encuadernados en cuero negro, amén de una inmensa chimenea, se convirtió en el refugio de

Eva y Laura. Comían y cenaban allí, y escribían en una pizarra blanca que mi hermana había encargado en el pueblo tiempo atrás.

La biblioteca era uno de los pocos lugares de la casa sin mirillas ni espejos espías, quizá porque era el reducto personal del dueño, por lo que tenía que contentarme con atisbar por el ojo de la cerradura y aplicar el oído a la puerta. Como recompensa por estos esfuerzos, acabé extrayendo de sus conversaciones el tema principal que las había reunido: la teoría de los universos paralelos de Everett.

Al parecer, Hugh Everett había visitado la Universidad de Leipzig cuando tenía apenas diecinueve años. Le gustaba la física y así se lo manifestó a un profesor de aquella facultad: Herr Doktor Kreuzwein, especializado en física cuántica. Cuando años después Everett se graduó en Princeton —era americano de origen, pese a su periplo alemán— retomó el contacto con aquel profesor teutón para compartir con él sus teorías cuánticas.

Lo que Hugh Everett planteaba era una hipótesis física en la que entraban en juego la existencia de varios universos o realidades relativamente independientes. Universos múltiples, lo llamaba él, coexistiendo en el mismo espacio-tiempo.

No tuvo mucho éxito con su metateoría, por no decir que fue ampliamente ignorado. Sin embargo, aquel profesor de Leipzig quedó tan impresionado por algunas de las consecuencias que podían extraerse que desarrolló una nueva hipótesis basándose en el multiverso de Everett. Y el fruto de su trabajo lo compartió con su alumna más aventajada: Eva Kreuzwein, su hija, quien publicó en un blog los hallazgos de su padre a la muerte de este. Así la había conocido Laura, ya que la bitácora estaba escrita en versión bilingüe alemán y castellano para su mayor difusión.

—Nadie me había propuesto jamás usar los descubrimientos de mi padre para deshacerse de la existencia de una persona —dijo Eva una tarde lluviosa de febrero, cuando ya llevaban tres semanas de encierro.

—«Deshacerse» suena a asesinato —objetó Laura—. Solo quiero viajar a otra realidad, donde la presencia de mi hermana no me suponga este desequilibrio emocional. Yo la quería. ¿Lo entiende? Cuando dos personas han estado unidas del modo en que Leticia y yo lo hemos estado, con el pensamiento conectado casi de modo constante... —la voz de Laura se apagó y luego regresó con fuerza—. Este rencor que experimento es antinatural. No deseo morir

odiándola. No quiero volverme loca, pero es lo que estoy consiguiendo al permanecer aquí. Sin embargo, tampoco puedo abandonarla. Soy una prisionera en mi propia casa.

Después de oír aquella conversación, regresé a mi habitación. El cielo estaba encapotado y las gotas de agua golpeaban a ritmo desigual el cristal de la ventana. Me hubiera gustado llorar con el cielo, pero me sentía vacía.

Recordé entonces uno de los juegos que Laura y yo solíamos practicar al llegar a vivir a la casa indiana. Nos aficionamos a bajar a diario al minúsculo trozo de playa que estaba en nuestra propiedad y recogíamos los objetos que la pleamar había dejado varados en la arena: un zapato, alguna prenda de ropa, botellines, hasta ladrillos. Luego reuníamos los hallazgos en una pila y, sentadas en torno a ellos, imaginábamos que eran los restos de algún naufragio. ¿Qué había sucedido? ¿Quiénes viajaban en el barco? ¿Transportaban alguna mercancía? ¿Cuál era su destino? Entre las dos surgían historias fabulosas.

Pensando en ello, conseguí cerrar los ojos finalmente con una sonrisa.

Al amanecer, oí sus voces que se perdían en la lejanía. Eva Kreuzwein y mi hermana Laura estaban bajando a la playa. Cuando me asomé

a la ventana, no las vi. Solo quedaba en el aire el eco de sus voces, sobre todo la risa cantarina de Laura.

Fueron pasando las horas. Al final distinguí una figura solitaria que regresaba, demasiado rubia para ser mi gemela. Estaba empapada y corría hacia la casa. Le oí abrir con estrépito la puerta y, momentos después, su voz entrecortada en el piso de abajo:

—¿Policía? ¡Necesito ayuda! ¡Llamen a una ambulancia! Una chica se está ahogando en...

No escuché la continuación. Bajé las escaleras a toda velocidad y contemplé la figura de la alemana, encogida sobre el teléfono de la entrada, de espaldas a mí. Su voz sonaba oxidada, como un lamento de cañería rota. Salí de la casa dando un portazo, sin despedirme. Me pareció que ella abría la puerta, pero no me di la vuelta para comprobarlo.

Me dirigí a la playa. Hacía meses que no recorría ese camino, desde la última vez en que Laura y yo recreamos un naufragio. Era un día de junio con brisa de primavera. El sol nos agujoneaba la piel y reíamos sin motivo. Fui yo quien vio el tablón entre las rocas y la primera que imaginó la historia que contaría.

—¡Voy a por él! —grité.

El agua estaba muy fría y picada. Mientras avanzaba fui consciente de la fuerza de las corrientes en aquel lugar, pero el tablón parecía burlarse desde su escondrijo entre las rocas e ignoré los gritos de mi hermana Laura para pedirme que regresara. En algún momento unas algas se enredaron en mi pie y dos golpes de ola seguidos me dejaron sin respiración y con la nariz llena de agua. No sé cuánto tiempo aguanté antes de que el cansancio me impidiera seguir braceando por mi vida. No sé cuánto tardé en morir ahogada.

Al llegar a la playa, ya no había rastro de Laura. Intenté atisbar entre las rocas más próximas a la pared del acantilado, aquellas donde yo había perdido la vida meses antes. Imaginé que el experimento de Eva y mi gemela pasaba por regresar al lugar exacto en que las dos dejamos de estar juntas en este lado, y pasamos a estar juntas, pero en lados diferentes. Yo sí podría haber soportado esa situación, cualquier sacrificio era poco en comparación con la separación de mi gemela. Pero ella casi enloqueció al verme. Mi presencia constante debilitaba su mente y su cuerpo. Yo no podía vivir sin ella, pero ella solo podía vivir sin mí.

No sé cuánto tiempo ha pasado, pero no tengo prisa. Dentro de unas horas el mar me

devolverá a Laura. Puede que incluso haya conseguido su objetivo de vivir una nueva existencia en un universo paralelo, quizá en una casa en un valle perdido, que ambas compartimos. Eso me es indiferente. Lo importante es que el mar me la traerá de vuelta. Y esta vez estaremos en el mismo lado.

Índice

La posada de los vientos	9
Los gatos de la baronesa Van Zuylen	25
La señora de la Pequeña Isla	33
El mercader de gemas	47
Todos los naufragios	59
El Prisionero del Desván	75
El gabinete de curiosidades de la familia Val	83
Abejas en la boca (Un cuento de la Otra Arcadia)	99
La biblioteca de los Fizzi	107
El Club del Escarabajo	115
Descanse en paz	121
Agnes 83505	127
Armario de escobas	137
La ciudad sin cielo (Crónica inacabada de Bertrang de Reino Norte)	141
El tren de la bruja	149